

POEMAS DE LA ARIDEZ



Rubén Viqueira Valencia

**PROYECTO
EDITORIAL
EXISTIR**

POEMAS DE LA ARIDEZ

Rubén Vizcaíno Valencia



- D.R. © Rubén Vizcaino Valencia
D.R. © Proyecto Editorial Existir
Colectivo humanista en pro de la libre difusión de las ideas y la creatividad.
revista_existir@hotmail.com
tabula_existir@hotmail.com
D.R. © Universidad Autónoma de Baja California
Escuela de Humanidades
Calzada Tecnológico s/n Otay Universidad, Tijuana, B. C.
D.R. © Centro Cultural Tijuana
Av. Paseo de los Héroes y Javier Mina s/n Tijuana, B. C.
D.R. © Instituto de Cultura de Baja California
Av. Álvaro Obregón 1209 Col. Nueva, Mexicali, B. C.
D.R. © Seminario de Cultura
Seminario de Cultura Mexicana, Corresponsalia Tijuana
Brasil 200-A, Col. Cacho, Tijuana, B. C.

Corrección: Laura Jáuregui y Victor Soto Ferrel

Cuidado de la edición: Laura Jáuregui

Relaciones públicas: Gilberto Licona

Formación y diseño: Everardo Iñiguez

Diseño publicitario: Jexse Ayllón

Fotografías del autor: Manuel Bojórquez

Fotografía de portada: Mario Reyes

Primera edición, agosto del 2005

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la previa autorización del Proyecto Editorial Existir.

Hecho con orgullo en Tijuana, Baja California, México.

Rubén Vizcaíno Valencia



POEMAS DE LA ARIDEZ

PRESENTACIÓN*

En 1971 Carlos Pellicer estuvo durante varios días en Tijuana, invitado por el presidente municipal Ildefonso Velázquez. Con frecuencia venía a mi oficina de Acción Cívica y Cultural y conversaba sobre su obra, sus experiencias, sobre su tiempo. Yo tenía en común con Pellicer el latinoamericanismo, que era un ideal suyo y mío, producto de la influencia de José Vasconcelos. La niñez de Pellicer y la mía también tenían algo en común: el trópico; él nació en Tabasco y yo en Colima entre ríos, selvas, montañas, volcanes...

Yo nací en medio de una balacera. Todavía en 1919 era frecuente que grupos bandoleros asaltaran los pueblos; una de esas bandas asaltó Comala cuando mi madre y mi padre estaban en casa de mi tío Julián, que vivía en uno de los extremos del parque, al lado del Ayuntamiento; enfrente vivía mi abuela. Así fue que durante el asalto nací en un almacén de frutas; había siempre una inmensa cantidad de frutas porque allí todas las familias tenían huertas.

De niño salía con mi padre, quien había sido capitán del ejército, a pescar y a cazar; al fondo estaba siempre el hermoso volcán que fascinara al Dr. Atl.

Compartía, pues, con Pellicer esta exaltación por el paisaje. Pellicer, además, había estado en el Congreso de Escritores Latinoamericanos al que asistimos los escritores de Baja California en 1967. Él había sido el alma de ese congreso. Hablaba en imágenes, luego en ellas mismas se escondía para aparecer transformado en un ser luminoso,

* Este texto forma parte de una extensa entrevista realizada en el año 2000 por Víctor Soto Ferrel al profesor Rubén Vizcaino Valencia, quien desde su voz nos cuenta la circunstancia histórica, poética y humana en que fue creada la presente obra. (Nota de la editora.)

tierno, poderosamente expresivo, personal, íntimo. Cultivaba los altísimos valores de la cultura. Los conceptos de patria, de nacionalidad en él eran desbordados, exaltados como en Vasconcelos. Fue uno de los grandes poetas mexicanos con quien yo tuve un trato personal. Su pasión por el lenguaje transmitía esa necesidad de ser tú, de tener una concepción del mundo. Sólo a otro personaje había tratado así: a Pepe Revueltas, con quien esa realidad del mundo te llegaba hasta los huesos. A Revueltas lo conocí cuando era estudiante de secundaria, en la nocturna para trabajadores; con él asistí a muchos mítines.

Ya antes de ser creada la Asociación de Escritores de Baja California, éramos amigos el doctor Salvador Michel Cobián y yo. Michel compartió conmigo su gusto por el haikú; así fuimos forjando nuestro lenguaje poético. Sus haikús aludían a su experiencia como médico, los míos se referían a las lecturas que hacía en ese momento: filosofía hindú, la antigüedad japonesa, la poesía árabe, después la poesía africana. Con el haikú vas definiendo las cosas de tu mundo, vas creando una concepción del mundo, una metafísica. Su precisión y su rigor me influenciaron tanto como la obra de Pellicer a la hora de decidirme a escribir poesía. Así surgieron unas *acuarelas celestes* y los *poemas de la aridez*.

En ese tiempo me enteré de un programa de Luis Echeverría para el desarrollo de los desiertos. Pensé en el tiempo vivido en Mexicali y escribí ese libro de un tirón: gentes, gobierno, transportes, niñez, juventud... todo giró en mi recuerdo, en mi alma desbordada como el Uzumacinta de Pellicer; volvieron aquellos años donde la fuerza, la energía que te da el calor, la compartes con el crecimiento de medio millón de acres sembrados de algodón con todos los recursos de la modernidad industrial. Son mis recuerdos de un Mexicali dueño de sí mismo, y de mi entusiasmo por sus gentes agresivas, vitales, saludables, insolentes y modernas. Me tocó vivir en ese Mexicali rico, progresista, violento,

brutal, agobiante que, al mismo tiempo, no tenía ninguna experiencia política ni artística. Inocente en poesía, en teatro, en música; desconocedores, incluso, de su propia historia. Una ciudad creada por empresarios norteamericanos con una multitud enorme de campesinos que habían cambiado sus propiedades en Estados Unidos por enormes espacios agrícolas en el valle de Mexicali, donde se disponía de agua, insecticidas, fertilizantes. Se trataba de una clase campesina proletaria refaccionada por norteamericanos. Se vivía la estructura económica del agricultor norteamericano en mestizaje con el socialismo cardenista. Vivíamos la modernidad de un socialismo totalmente distinto, inimaginable en el interior del país. Ninguna parcela era menor de 20 hectáreas. Si no se tenían 20 hectáreas no era negocio. Anderson Clayton impuso esta idea a Cárdenas, pues el Banco Agrícola no podía refaccionar al ejidatario más modesto. Se necesitaban tractores, implementos agrícolas para tener la parcela plana como una mesa de billar.

Sobre esa época escribí la novela *Tenía que matarlo*, después escribí *En la Baja*, otra novela que tuve perdida mucho tiempo y que he reencontrado. Son reflexiones ante los contrastes del México que había recorrido como agente viajero: Oaxaca, Chiapas, Guerrero. Impresiones imborrables como las del Istmo de Tehuantepec que es donde dicen que empieza Centroamérica. Amé así a mi país con todos sus inferiores. Contemplaba un mundo diferente y lo admiraba. No quería modificarlo; una mirada, un poema, no lo cambiaban.

Poemas de la aridez es como una reflexión bíblica. Te imaginas la soledad de los profetas. Mexicali y Jerusalén están a la misma altura en el mapa. Algodones era un desierto absoluto, solo, sin siquiera un pájaro. La más pequeña pregunta se volvía una pregunta cósmica: ¿lloverá? Añoras las revelaciones. Tu hijo, tu mujer se pueden morir en ese calor que es también germinación de la sexualidad de los

campesinos frente a mujeres traídas de Estados Unidos, para ellos, que beben ávidos ríos de cerveza. Y, sin embargo, no es una soledad del espíritu, es una soledad de la vida en la que podía brotar la violencia por la violencia. Dos mil, tres mil braceros detenidos allí sin agua, sin comida, frente a un pequeño grupo de soldados a los que atacan para asaltar los comercios y sobrevivir; qué otra cosa era sino la sobrevivencia como cuando el Río Colorado se desbordaba en 10 ó 20 mil hectáreas y el agua subía hasta medio metro y tenías que caminar ese terreno para salvarte de las inundaciones. En ese cosmos, ante la injusticia, no faltaban quienes proponían hacerse justicia por su propia mano o quienes pedían acabar con los capitalistas millonarios.

Mis *poemas de la aridez* los envié a un concurso nacional convocado por la Universidad Autónoma de Baja California para conmemorar la muerte de Ramón López Velarde. Carlos Pellicer fue miembro del jurado y vino a la ceremonia de premiación invitado por la UABC a Mexicali. Para mí fue un verdadero honor. No fue la única vez que Pellicer estuvo en Baja California. En uno de sus viajes, viniendo a Mexicali, alguien le explicó la geología de la Rumorosa. Cuando regresó de Tijuana a Mexicali escribió un poema sobre esta montaña en la que hizo recorridos entre las piedras y se llevó de recuerdo un trozo de madera petrificada. A nosotros nos descubrió nuevos aspectos de nuestro propio paisaje, como lo hizo con nuestros héroes. Era un descubridor, un maestro que de la manera más natural conversaba contigo.

Aunque mi libro resultó premiado, nunca se editó. El premio fue de 10 mil pesos. Como nadie escribía, nadie comentaba libros. No nos reuníamos para leer nuestros textos. A veces sucedía que te invitaban al salón ejidal a leerles a los campesinos, o declamaban tus poemas en un teatro o en un salón de clases.

Las cosas cambiaron con la fundación del taller de poesía "Voz de Amerindia" en Tijuana, en pleno 1968. A partir de

entonces escribí numerosos cuadernos de poesía. Uno de ellos es *viaje en la oscuridad*, escrito después de un periodo muy doloroso causado por la muerte de mi hija Roxana. Fue probablemente una invitación para que diera una conferencia sobre historia de Baja California lo que motivó el viaje a Santa Rosalía. Se vivía allí una nueva etapa política y económica, de renovación del pueblo muchos años después del auge del Boleo, la empresa francesa que dejara una iglesia diseñada por Eiffel. Hice el viaje solo. Tomé el camión allí en la central de la Avenida Argüello para ir al sur de la península donde, además de la conferencia, les leí mi poema "Tijuana a go-go", que también fue premiado en un concurso donde Pellicer participó como jurado. El camión en el que hice el viaje iba colmado de pasajeros y además no se podía hablar de nada con ellos, así que mejor me puse a escribir.

POEMAS DE LA ARIDEZ

*Al maestro Carlos Pellicer, que me alimentó con palabras.
Al poeta y amigo Dr. Salvador Michel Cobián.*

Poemas triunfadores en los Juegos Florales Nacionales convocados por la Universidad Autónoma de Baja California en el año 1971, para conmemorar la muerte de Ramón López Velarde.

POEMAS DE LA ARIDEZ

Mar de espinas,
mar de piedrecillas pálidas.

*

La aridez es un reto.
Conquistarla
es domar los desiertos...
y la muerte.

*

No se puede hablar
con prisa
de la aridez;
podrían pincharnos
las palabras.

92

LETANÍA DE LA ARIDEZ

Aridez en los desiertos.

Indiferencia.

¡No sometida!

Silencio.

Gran reino de la soledad.

¡No sometido! ¡No sometido!

Libertad absoluta para morir
trabajando por la esperanza,
el lamento, los desconsuelos.

Hemos de recoger el resto de la aridez.

PIZCADOR

Con un largo zurrón de lona
entre las piernas
y empapado en sudor,
camina, encorvado el pizcador
recogiendo con dedos inflamados
las motas suaves del algodón.

Las manos cadenciosas
en la danza campestre
de la recolección
han de coger apenas
la espuma blanca que se derrama
como una caricia a la mirada
en las copas de las plantas,
de entre las puntas afiladas
del capullo reseco.

¡Las espinas! ¡Ay, las espinas!

Un parpadeo inconsciente,
un pulso equivocado
o un leve error al tacto
y la espina clavará entre las uñas
sus agujas afiladas
y la sangre del peón
correrá por las motas
blancas como el armiño.

Gana así su sustento el pizcador:
sus tortillas de harina,
su ración de machaca,
su café, sus cigarros

y el techo de cachanilla,
bajo el sol criminal
de los veranos.

Algunos mueren de insolación
—mártires del erial—
deshidratados.

Quedan allí sus cuerpos
tendidos entre los surcos
secos y ensalitrados
en mitad del desierto
del ancho algodonal.

MEXICALI (visión nocturna)

El polvo sutil de los desiertos
se levanta impalpable, allá a lo lejos,
tiñendo de gris el horizonte.

Se ven flotar en el confín lejano,
brillando como una llamarada,
los átomos dispersos,
como si fuera un humo neblinoso
reflejando una hoguera.

En mitad del erial,
en aquella oscuridad iluminada,
en el centro del tráfigo de luces,
una ciudad surge de pronto,
sofocada por el verano
que todo lo calcina a su contacto.

Es Mexicali,
la capital del polvo
del sudor
del desierto
y del amor al prójimo.
Ahí, en ese páramo
que incendian los desiertos,
millares de infatigables compatriotas
entre salitres y soledades
desafían valerosos de insolación;
y ahí se trabaja por la patria,
sin temor a la muerte.

SECRETO

El desierto y el mar
están en el secreto:
"La vida es breve".

TRINO

Mar
de soledad.

Desierto
de silencio.

Cielo
del espíritu.

Espíritu.
Silencio.
Soledad.
¡Trino!

COMPASIÓN

En mitad del verano
han llegado
llorando,
cubiertos de sudor, llenos de polvo,
trayendo en brazos
un hijo recién nacido
agonizando de insolación.

Con aquella criatura que moría
asesinada por el calor
en el pleno corazón del desierto,
hemos llegado a Mexicali presurosos.

Quien haya recorrido estos eriales,
cruels, inhospitalarios,
nos tendrá compasión y sabrá qué es vivir
más bien diré sobrevivir
al borde de esta orilla de México.

EN EL DESIERTO

Me gustan las hierbas
del desierto;
pero son tan escasas...

Los árboles aislados
del desierto, me fascinan,
pero son tan raros...

Las lluvias del desierto
me embelesan,
pero las nubes
pasan
sin derramar sus gotas.

Amo el silencio augusto
la soledad soberbia
del desierto anchuroso,
pero son enormes,
tan inmensos, ¡ay!,
y yo tan pequeño...

NOPAL

Raqueta con que juegan
los ecos, a la pelota.
Tuna de miel de los sedientos.
Hortaliza
de los desiertos.
Flor de luces
presta para aromar la tierra calcinada.
Frescura.
Dulce frescura
en el crisol ardiente
de los veranos.
Granada de mano
pronta a estallar
en la fragosa soledad.
Espina de siglos,
silenciosa.
Tuna de los caminos
resecos y polvosos.
Savia que asciende en zigzag
entre serpientes
hasta el escudo nacional.
Nopal que todo lo sostiene
en el terrible pedestal
de México.

SILENCIO CREADOR

¿Puede negar alguno
que todas las melodías
están contenidas
en la melodía del silencio?

AARAR

Habrá que intentar
dominar los desiertos.
He ahí la tarea.

 A arar!

Dar n fruto las moléculas de polvo:
con nuestro sudor
y nuestras lágrimas.

Hagamos parir al sol:
destazaremos el vientre de las piedras.
Machacaremos los estériles cactus.
Cincelaremos los desolados átomos.
Aplastaremos la desolación
con nuestros fuertes puños
y del fondo del suelo brotarán las aguas.
El desierto caer  vencido.

 A arar!

Con los huesos de los muertos
germinarán los vientos.
Con las uñas, excavaremos las arenas resacas.

Con las serpientes largas haremos cuerdas
que retengan las dunas.

Con el filo acerado de las sierras
haremos cuchillos de obsidiana
para abrir un canal en las montañas
y dar paso a los ríos.

Con las nieves de invierno
congelaremos a los cobardes
y a los ociosos.
Con el calor encenderemos
el alma de los viejos ateridos.
Y venceremos a los desiertos.
Los venceremos. Los venceremos.

¡A arar hermanos!

No hay suplicio mayor que no hacer nada.
No hay mansedumbre peor que la impotencia.

Los hombres de los desiertos
han esperado siglos
para que crean en ellos.

¡Recomencemos como hermanos la tarea!

PROFETAS

I

Las profecías
son plantas arraigadas en el polvo misterioso
de los desiertos.

Siempre añorando revelaciones,
prodigios inexistentes,
irrealizables sueños,
escaladas solares.

(En los desiertos de incomprensión
tienen su oasis
las agonías.)

¿En dónde más puede hablarse
de las delicias eternas,
mundos perfectos,
utopías entrañables,
fascinadores paisajes
y edenes inacabables?

(Donde no hay nada
ahí crecen, como cactus,
las profecías.)

Quiere el profeta fe
la fe es voluntad y la voluntad fe
da la fe su cara a la esperanza
y muere porque no muere
entre las zarzas y las espinas.

II

Quien viva en los desiertos
ha de tener fe siempre
en los trabajos rudos,
en los mundos que habrán de venir,
en la armonía perfecta
de la naturaleza y de las almas.

Cuando se quiebra la esperanza,
se tiene fe entonces
en la violencia redentora
a modo de acabar las injusticias
y entonces nace el rencor
como lucha entre hermanos:
responde el odio con el odio,
la bala con la bala;
se desprecia la muerte
y nace el culto a la aniquilación.

Entonces, detened esa mano
del profeta homicida.
Detenedla.
Armad su fe con la razón
dadle amor y paz
justicia
y el homicida calmará sus ansias.

Sed tolerantes también
con los profetas rústicos
pero no perdonéis
a profetas del lucro
que dañan más la vida campesina
que las víboras venenosas.

Estad alertas
con los falsos profetas.
Las profecías
son plantas misteriosas
que arraigan en el polvo
de la incomprensión.
Donde no hay nada,
ahí crecerán,
como cactus
que afianzan su ser al imposible,
las profecías eternas...

RECOMENZAR

Todo el que sabe de desiertos
sabe que hay que recomenzar
todos los días.

El hombre del erial
sabe cómo domesticar a las bestias,
cortar los vientos,
hacer parir metales a las piedras
y no tiene temor
a vivir en comunión
consigo mismo.

En noches silenciosas, infinitas,
noches sin esperanza,
sueña con la justicia
y lo embelesa el horror.

Todo el que sabe de desiertos
sabe recomenzar la vida trabajando,
trabajando para el futuro,
y sabe que llegará
la noche de la soledad
como si se tratara del día último,
y no temerá a la muerte
porque sabe que con la aurora
comenzará otro día...

CRESTA

Mexicali,
Tijuana,
Tecate
y los Algodones
con San Luis Río Colorado.

Cinco puntas de sangre.
Cinco puntas de fuego
que forman la corona.

De este gallo de sol,
que despierta por la mañana
a Hispanoamérica
desde este tejado polvoriento.

¿Y PARA QUÉ?

¿Y para qué
se hicieron los vicios?

Los vicios se hicieron
para que los resistan
las almas de los buenos.

AMO

Amo a mi Patria
con todos sus defectos.

VISION PENINSULAR

Río silencioso
que hace rodar los vientos
entre yermos y espinas.

Quien haya tocado, alguna vez,
con su piel y con su sangre
esta existencia
estas piedras
como espinas eternas,
que sobresalen del Mar de Cortés
y del océano
comprenderá...

Quien haya tocado, alguna vez,
sea con los dedos,
sólo con la mirada
este yermo de espinas,
sabrás entonces lo que duele
morir de soledad.

CAMPANAS DE CALIFORNIA

Toda la California
cabe en tres palabras:
cielo, mar, desierto.

Durante siglos
en la península de los lamentos
la soledad tocó en silencio
una campana
que decía en su tañer:
esperanza.
Desconsuelo.
Esperanza.
Desconsuelo.
Y sigue repicando

todavía:
esperanza.
Desconsuelo.

Durante siglos
en la península de los lamentos
tocó en silencio la soledad
su lóbrega campana...

Toda la California
cabe en tres palabras:
cielo, mar, desierto.

SINFONÍA

Sinfonía de órganos,
cirios, cactus,
viento, soledad.
Átomos
en dispersión de siglos.

Canto a la desolación
reptando bajo el sol
en el aguaje
de las serpientes.

Sinfonía del desierto.

¡Silencio!
¡Están pensando las piedras!

ENVÍO A LA REINA[☆]

Alicia del erial
labrada por los sueños.
¡Soberana del sol!

Que en noche de soledad
te revele mi verso
el misterio del polvo
y de los sueños.

Reina de la esperanza
acoge en tu seno
mis palabras.

☆ Este poema fue leído en Mexicali el día 4 de junio de 1971 en la entrega de los premios del certamen Ramón López Velarde, organizado por la Universidad Autónoma de Baja California.

VIAJE EN LA OSCURIDAD

I

Huyo a tientas
entre picotazos de ruidos
como cristales rotos.

Agua mansa
de la mar reposada
tras el cristal.

Surtidores de luz
—perros en llamas—
corren al lado
por la carretera.

Perfora el carro con sus faros
dos huecos amarillos
en marco de espacio obscuro.

Por esa guarida escapamos
en el mural de la noche.

II

Dormiten
peces anónimos
entre aguas de caricias.

Voy pintando en las peñas
manchas negras
para que habiten las aves.

Quiebro el cristal negro con la mirada.
Me abandono al asombro
cabalgo el pelo negro de la soledad

dentro de esta caverna
que anda.

III

Quédate atrás amada
con tu presión de sangre
recorriendo tu cuerpo como hormigas.

Nieto-duende, queda dormido.
Quédate oculto yerno viudo.

A orilla de esta alambrada
yazgan mis muertas
palpando con su cuerpo hipnotizado
la soledad
y el mar.

IV

Un conductor charla con su relevo
y otros viajeros que van al sur
y se comen la ese.

Platiquen ellos y huela el mar.

V

El autobús
está inmóvil,
suspendido en el aire.

Esta luz de los faros
va enrollando

el asfalto
de la carretera.

VI

Mar de esta alfombra
¿al caracol del oído quién
me está murmurando?

Ahora sé:
 anclen en mí
 todas
 las naves
 del mundo.

VII

Lepra de ruidos —ciudad—
que te me pierdes.

Y nuestro carro navega.
Ahora es una balandra
atascada
en un banco de niebla.

VIII

Zumbas monótono
ronroneando mis sienes.

Cansancio.

IX

Delante

—sombra entre mis manos—
veo cuatro asientos
con sus cuatro viajeros
—transparentes, reclinados—
que no existen.

X

Canta en la gruta de mi mente
esta alejada canción
que creía olvidada.

Marchita melodía que me obsedes:
¿eres otro pasajero
deshilando tus notas en mi cabeza?

XI

Conos de luz
cruzan geométricos por la banda nocturna
como si ojos de avispas grotescas
lamieran el polvo de la carretera.

Un ruido pegajoso se refugia en mis oídos.

(La noche tiene muslos de sombra
y todo
tiene que ver con todo.)

XII

Ausente paso el luto de media noche

esposado
entre carros porteños
de esta Ensenada de Todos Santos.

La obscuridad está de duelo en el hueco
de una vasija.

Al fondo,
llorando,
resplandece la luna.

XIII

Subiste al pescante, tímida muchacha
y preguntaste al chofer por tu padre.

Taimados te respondieron que no lo conocían.

Rueda el transporte por las calles.
En lo obscuro
alguien dice con lengua bífida
"ese hombre abandonó su hogar
porque raptó a un joven"
y los demás babearon su risa pegajosa.

(La luna
busca a su padre
dentro de la vasija.)

XIV

En los bolsillos del sur
tintinea
blanca y amonedada
la plata.

XV

Todos los perros son pardos
en plena penumbra
por la carretera.

XVI

El camino se estrecha.
Cruzan la pista
adelgazándose los carros
rozándonos.

Me pone el temor
espigas
en los nervios.

Odio el cigarro
pero fumo.

XVII

Aquí
—pueblos lóbregos—
el silencio es campana
golpeando bajo la tierra
de estas casas de adobe.

XVIII

¡Ay! melancolía de oración adormilada.
Cometa atrapado
como flor del dormido cardón.

(La noche aquí
declama hacia adentro
su soneto apagado.)

XIX

Recuerdo ahora:
voy hacia Santa Rosalía,
rosa pía,
rosa mía.

XX

La geografía inesperada
aparece con ojos de coyote asesino
y a veces me mira entre los matorrales
con su ascua relampagueante.

XXI

Despertar a las cuatro de la mañana
en Parador Santa Inés
es nacer para el corazón del desierto.

Aquí nos pisa la sandalia de la penumbra
el paraíso abre sus grandes puertas
y un ángel invisible
nos introduce con un dedo en los labios
hasta el misterio.

XXII

Dentro del alma nos andan los cardones.
Asombro de ser rito
en ese desfile funeral.

El luto me persigue
con sus alas de murciélago.

XXIII
Bosque de cirios mágicos.
Mar de serpientes
erectas,
con la cabeza enterrada
y la cola en la niebla.

Y somos todos un poco de polvo de los frailes
queriendo besar la luna.

XXIV

Ser este cirio que ve lo inmenso
con sus flores
por todo el cuerpo.

Ser erecto esta luz que se levanta
desde las rocas
sin tener puños de ira.

Perfumar los hermanos en el viento.
Ser anónimo hombro
y nido del ave fatigada.

Estar vivo. No latir.
Ser bendecido por el silencio.
No temer a la noche
del propio luto.

Ser este cirio resplandeciendo
junto a la piel
del infinito mar.

Sor eliro
luminar amor,
llevar el sol dentro
y brotarlo por las flores del cuerpo.

XXV

Huya de mí todo fraude.
Máscaras atrás.

Cirio nocturno soy,
espiga espinosa que quiere trepar la noche.

Vegetal enclaustrado,
que se mira a sí mismo,
sin ramas, sin hojas
y sin alas.

XXVI

La aurora
del negro absoluto
del azul desvaído,
la aurora en mí
en esta caricia que me toca.

XXVII

AMANECER

Millones de toneladas de luz
brotando de mis ojos
y soy la piedra
la aurora
y el tiempo detenido en mi alma.

XXVIII

El sol desteñado se desliza
con sus cárceles blancas
entre las señas de la carretera.

El aire entero
espolvorea en la senda
su polvillo de oro.

XXIX

No se podrá creer entre los cirios
que alguien no crea.

Y nadie comprenderá que estos cactus
no hablen,
ciegos, incrédulos,
sean sólo materia.

XXX

Ser sol
flor prendida
en el cacto del día.

XXXI

Quien haya nacido aquí
será un ser distinto
de todo hombre.

Quien haya visto esta soledad sin árboles,
estas ramas sin hojas,
estas hojas sin nervadura,

será espina clavada en los párpados del aire.

Quien te haya palpado, cirio
—aun sólo con la mirada—
ya no será el mismo.

Luego de este prodigio
dentro de cada quien
subirá un soliloquio
gimiendo
hacia los cielos.

XXXII

Crezco en ternura
en este día
recién nacido.

XXXIII

Claro que este fuego amarillo que se levanta
tiene plumas coléricas
y cualquier hombre adánico que extiende
la mirada
se las puede quitar para hacerse capa.

(Dentro del carro
percibo estas plumas que le arranqué al sol
sin espinarme los dedos.)

XXXIV

Cirio que andas:
Esqueleto sin piernas,
armadura de brazos mutilados,

estatua de un dios aborigen
con una corola blanca
empenachando su frente.

Osamenta en mi alma desolada
pidiendo un poco de luz
entre mis labios
para arrancarme
este sabor
a ceniza.

XXXV

Larga y lenta como la historia de la espera
veo ahora
iluminada la senda por donde va el carro.

Si Kino estuviera a mi lado,
si Salvatierra cantara un himno a María,
si Junípero Serra me bendijera.
Si ellos vinieran
ahora,
aquí conmigo
en el autobús...

XXXVI

Vista la mar desde este pedrerío
es una pista
—como la carretera—
para estas aves hambrientas
que otean
peces
desde lo alto.

XXXVII

Da miedo ver tanto cacto
y no escuchar
una sola campana.

XXXVIII

El horizonte repleta mis brazos
con sus yerbajos inmóviles.

Mar de caparazones abstractos,
burbujas grises, agazapadas,
esperando la brisa
en su espalda reseca
y ampollada.

XXXIX

Ver el paralelo veintiocho
plantado como un árbol
a mitad de la península.
Ver, verlo.

Siete y media de la mañana
y flota el esquema de la estatua
con su almacén de hierro
y espejismos de alas.

XL

Desayuno en Guerrero Negro
un mango inmenso
traído de donde acaba el Sur.
El mango es un verde-corazón

extraído del pecho del toro
de este desierto de lidia.

XLI

Atrás termina el paisaje de los yerbales
y vuelve el cacto
y vuelve
hasta inundar de espinas el esqueleto
del mapa.

Luego aparece un monte como una daga
luciente,
pero el monte se extiende,
después la sierra se vuelve
roja y reseca cáscara de roca.

Las hordas de cactus suben sin sandalias
estas piedras volcánicas.

Sale por fin el mar
con su abanico azul y plata
y desde lejos, desde otro mundo,
me sonrío.

XLII

Aún no aparece Santa Rosalía
y ya aparecen despeñaderos
que me llaman.
La pedrera se arruga en mi conciencia.

El mar
está verde tierno
y metálico como hierro oxidado.
A la orilla nos estrecha con sus filiales brazos.

La lejanía se vuelve
verdiazul, en la pupila del día.
Esto es el golfo de Cortés.

De pronto, penachos de humo de cigarro
en las chimeneas.

Mar, montaña
caserío
y vapores.

El mineral se ofende de mi presencia
y el viento se bambolea. El viento
bambolea el carro.
Llego al hotel recubierto de polvo.

XLIII

Hablo entre hombres de ojos despiertos
y niños como salidos de un lienzo
ancianos y mujeres
¡pura inocencia
de la tierra ignorada!
y me vuelvo península.

Santa Rosalía —rosa mía, hermosa—
y entre piedras y piedras
aquí no conozco a nadie.

Solo, en la hora del ocaso
converso con las aves.
No veo a ningún ser amado.
Me abrazan y despiden recientes amigos
y el viento
me hace volver al charco negro, al luto.

XLIV

Estuvo deliciosa la charla de sobremesa
 el banquete de ideas refrigeradas
 nos dejó la boca escaldada,
 rechinando los oídos, partida en gajos la
 lengua,
 el tacto partido por el frío.

En cambio la sobremesa
 (los números no me gotean nada)
 fue una delicia.
 Después de la conferencia
 nadie creyó en lo dicho
 oído, ni sufrido.
 Tomamos café de semillas de tranquilidad
 y fumamos serenos pétalos picados en los
 cigarrillos.

Las palabras entonces empezaron a tener
 hueso,
 las citas a pesar en el aire como el plomo respirado
 porque eran íntimas.

La risa entumida,
 el trascendentalismo sin
 la dialéctica en los lapidáricos.

ÍNDICE

- 6 Presentación

POEMAS DE LA ARIDEZ

- 13 Poemas de la aridez
- 14 Letanía de la aridez
- 15 Pizcador
- 17 Mexicali (visión nocturna)
- 18 Secreto
- 19 Trino
- 20 Compasión
- 21 En el desierto
- 22 Nopal
- 23 Silencio creador
- 24 A arar
- 26 Profetas
- 29 Recomenzar
- 30 Cresta
- 31 ¿Y para qué?
- 32 Amo
- 33 Visión peninsular

34 Campanas de California

35 Sinfonía

36 Envío a la reina

VIAJE EN LA OSCURIDAD

38 I, II

39 III, IV, V

40 VI, VII, VIII

41 IX, X, XI, XII

42 XIII, XIV

43 XV, XVI, XVII, XVIII

44 XIX, XX, XXI, XXII

45 XXIII, XXIV

46 XXV, XXVI, XXVII

47 XXVIII, XXIX, XXX, XXXI

48 XXXII, XXXII, XXXIV

49 XXXV, XXXVI

50 XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL

51 XLI, XLII

52 XLIII

53 XLIV

Poemas de la aridez,
editado por el Proyecto Editorial Existir,
se terminó de imprimir en agosto del 2005
en Impresos Águila, Calle Primera 7319-A, Zona Centro,
en la ciudad de Tijuana, Baja California, México.
El tiraje fue de 2000 ejemplares.

Quien haya recorrido estos eriales,
cruels, inhospitalarios,
nos tendrá compasión y sabrá qué es vivir
más bien diré sobrevivir
al borde de esta orilla de México.



CONACULTA
CECUT



Gobierno del Estado
Instituto de Cultura

